

BIBLIOTECA

Los Gigantes del Cine

16

La Novela Semanal Cinematográfica



Lirio entre
espinas

por
Enid Bennett
Ramón Novarro
Wallace Barry
50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 4423A

LIRIO ENTRE ESPINAS

Extraordinario asunto senti-
mental, interpretado por los
célebres artistas ENID BEN-
NETT, RAMÓN NOVARRO,
WALLACE BEERY, etc...

• •
PRODUCCIÓN
METRO GOLDWYN


• •
Exclusiva de Metro Goldwyn Corporation

BAMBLA DE CATALUNA, 122
BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

REVISADO POR
LA CENSURA

IMPRESA «VICTOIRE» — BARCELONA



Lirio entre espinas

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En las afueras de la pequeña población bretona de Vivonne, un ágil carruaje se deslizaba camino adelante llevando en él a dos simpáticas personas que no se preocupaban de lo que sucedía a su alrededor, tal era el entusiasmo con que seguían una plática muy agradable empezada un par de horas antes.

El caballo, cual si se hubiese contagiado de la despreocupación de los que lo guiaban, no se apercibió de que en un paso a nivel se le echaba encima un tren a toda velocidad, y fué por milagro que los tres escaparon con vida atravesando la vía en el mismísimo instante en que la gigantesca locomotora rozaba las ruedas de las ruedas traseras del vehículo.

Buen susto se llevó el maquinista del bolido mecánico, pero aun a estas horas, los que

pudieron haber sido víctimas del titán; no se han enterado del riesgo que habían corrido en aquel momento.

La conversación que los héroes a que nos hemos referido sostenían, era sumamente interesante... para ellos. Se trataba de una pareja de enamorados llenos de ilusión propia de sus años. Diez y ocho contaba ella; veinte él. Juan Leonce era el nombre del galán; María La Neve el de la doncella.

Se conocieron en su infancia. Una shopatá hermana de amor los unió en sus juegos pueriles, y con el tiempo fuese consolidando su amistad hasta convertirse en verdadera pasión.

Los padres de los soñadores ignoraban las relaciones que sostenían sus hijos, las cuales éstos, hasta aquellas fechas, habían sabido disimular, temerosos de que surgiese algún impedimento por ser tan jóvenes. Pero ya hablaban los novios de poner al corriente de todo a sus deudos, para concretar la situación. ¡Con las ganas que tenían de casarse!

El temor por el cual los dos prometidos habían guardado el secreto de su amor a sus padres lo motivaba el que uno y otro eran de distinta posición social. Juan era nada

menos que el hijo del alcalde de Vivonne, y María la alegría de su padre, el zapatero del lugar.

El carácter de los padres era completamente opuesto. Pagado de su poder, el alcalde ambicionaba para sí propio y para los suyos las mayores grandezas. En cambio el zapatero, cual convenía a su honrada y humilde condición, tenía el espíritu y el corazón abiertos a todo lo que fuera estar bien con sus semejantes y a aquello que pudiese ser grato a su hija. Nada de egoísmos.

Pensando mutuamente en lo que opinarían sus padres acerca de sus amores estaban los enamorados, cuando en el pueblo, el alguacil, enterándose de una noticia sensacional, iba a comunicársela al señor alcalde.

— ¿Qué ocurre?

Señor, el maestro La Neve se está muriendo. Ha sido una cosa imprevista. Un ataque cardíaco. Tal vez no llegue el señor alcalde a tiempo de recoger sus últimas palabras.

La primera autoridad del lugar se apresuró a ir a la tienda de zapatería del moribundo, y llegó a ella cuando acababa de existir.

Como el finado tenía crecidas deudas con

algunos vecinos y proveedores, la justicia actuó sin contemplaciones, incautándose de las existencias y de cuanto de valor había en la casa, respetando de momento los muebles.

María, acompañada de Juan, entró en su casa abriéndose paso loca de angustia entre la muchedumbre que se agrupaba enfrente de la misma, y, al enterarse de la terrible realidad, se arrojó convulsa y sollozante sobre el cuerpo inerte de su adorado viejo.

Juan, conturbado por la tragedia, no acertó siquiera a consolar a su amada, y siguió a su padre el alcalde hacia su casa, muy afligido su corazón.

Cual si el dolor por que pasaba su novia le llamase a su lado por conductos misteriosos, Juan no pudo permanecer un momento distanciado de ella, y corrió a compartir su amargura junto al que ya no era de este mundo.

Al día siguiente se procedió a dar pobre sepultura al difunto, y tan pronto como quedó enterrado, María se vió obligada por la justicia a desalojar su casa, despojada de todo para pagar los créditos que pesaban sobre su padre.

Juan, atado de pies y manos por depender

de su padre, no acertaba a dar con una solución para remediar al desamparo de María, considerando que no era aquel el momento más propicio para declarar sus amores.

El alcalde se mostró exageradamente duro



El alcalde se mostró exageradamente duro con la infeliz...

con la infeliz, pues no se detuvo a reflexionar cómo quedaba la pobre después de apoyar a los acreedores a echarse como enervos sobre los restos del hogar deshecho del zapatero.

Sin embargo, Juan abrigaba la esperanza de realizar su sueño con María más adelante, ya que, puesto que ella iba a pedir amparo a unos parientes que vivían en las inmediaciones del pueblo, la vería todos los días y tiempo habría de hablar de sus proyectos.

El alcalde sospechó del cariño que llevaba a su hijo a la huérfana, y cuando el buen muchacho se disponía a acompañarla hasta la casa de sus parientes, con voz autoritaria que no admitía réplica la llamó a su lado inmediatamente, para que María se marchase sola.

—Mi bien, debo obedecer a mi padre; pero ya sabes que nunca te olvidaré... que yo me encargo de que todo quede pronto arreglado para nuestra mutua felicidad.

—Yo pensaré siempre en ti, Juan... y te esperaré con el mismo amor de mi niñez.

Juan sintió que sus lágrimas hacían un nudo a su garganta, y vio a María alejarse lentamente hacia la casa, desconocida para ella, de la única familia que le quedaba.

En el hogar de los parientes de la huérfana reinaba el desorden y la tiranía. Venía a ser una pequeña granja. Alguien menos delicado en describir hubiera calificado aquello

de pocilga general, pues el interior de la casa nada tenía que envidiar al corral de los puercos. Cuatro eran los seres que se cobijaban bajo el techo de aquel refugio: un matrimonio y el fruto de su unión nada poética: un par de niñas. El jefe de aquella familia no había conocido nunca la cordura, y le correspondía mejor una cuadra con brutos de la peor casta, que cualquier sitio donde hubiera personas. La esposa, a la que una pecaminosa pasión había llevado a su compañero, se había acostumbrado casi al ambiente en que vivían, y era su esclava que le adoraba y le temía a un tiempo.

Las hijas de esa grosera pareja sufrían atrozmente la falta de cariño de sus padres, y en su alma anidaba el rencor hacia aquellos que les dieran el ser para esclavizarlas apenas las consideraran con fuerzas para compensar con su trabajo en distintas labores el pan que comían.

María, ajena al modo de vivir de sus parientes, confiaba en encontrar a su lado un poco del consuelo que tanta falta le hacía para sobrellevar su amargura.

La desdichada anduvo los dos kilómetros que separaban la casa de su desaparecido pa-

dre de la de sus familiares, y llegó a destino cuando éstos se ponían a la mesa para la comida.

Nota elocuente del género de los habitantes de la granja era la de servir los alimentos en unos platos empotrados en su base en la mesa de madera basta y sucia, como si se quisiera evitar que por cualquier torpe gesto cayese al suelo algún recipiente.

El cabeza de aquella singular familia devoraba la espesa sopa que su compañera acababa de ponerle en su plato, acompañando cada cucharada con una música labial muy ingrata al oído.

Y fué en tan importante momento que María, una boca más, entró en aquella casa de la miseria y del odio.

El hombre levantó su vista del yantar, púsole en el pálido y sorprendido semblante de María, y le preguntó:

—¿Qué desea usted? ¿Quién es usted?

—Soy María—respondió ella—. ¿No me conocen ustedes?... La hija del primo de ustedes...

—¿Y qué quieres?

—¿No saben la noticia?... Mi padre... ha muerto... Estoy sin nadie... He pensado que

ustedes me proporcionarían algún medio para que me pueda ganar el sustento y tenga hogar donde calentarme.

Las niñas miraban con dulzura a María. En ellas encontraría una buena amiga.

Gruñó el salvaje granjero, pero aconsejando por su esposa, que veía en la joven una excelente ayuda para la casa y otras faenas de la hacienda, aceptó que se quedase a vivir con ellos.

Entretanto, en el pueblo, Juan, que no podía acallar el grito de su conciencia, que le mandaba amparar sin demora a la desvalida, ponía al corriente de su inclinación hacia María a su padre.

La revelación de lo que ya sospechaba, fué para el soberbio hombre como un insulto.

—¿Qué dices, Juan? ¿Tú casarte con una desdichada como esa hija del zapatero? ¡No! ¡Nunca lo consentiré! ¡Esas relaciones no pueden continuar! ¡El hijo del alcalde de la ciudad, el que será alcalde un día, debe respetarse más a sí mismo!

—María es un ángel, padre; la quiero con toda el alma, y me casaré con ella.

—Espero que no me obligarás a disgustarme contigo. Reflexiona... y te encarezco que

no me hables más del asunto, sino para decirme que esa quimera tuya se ha desvanecido en alas de la razón.

* * *

El lento caminar de los días llevó al alma de María la resignación suficiente para soportar su calvario en aquella casa donde sólo imperaba la brutalidad y el egoísmo, pero una noche...

—¿Qué es lo que esperáis para poner la mesa? ¿Acaso no merezco que me recibáis con las mayores atenciones, con una buena cena esperándome, después de que me he estado matando hasta ahora para daros de comer?

—No te enojas, Lucas... La niña ha tenido un descuido y...

—¿Qué dices? ¿Es que no hay manera de corregir a esa atolondrada? Anita, ven aquí. ¡Ven aquí, te digo! ¿Lo oyes, bribona?

La niña no se movía de su sitio, temerosa de que su padre descargase en su débil cuerpo la cólera que distintamente asomaba a sus ojos.

—Pero, bruja, ¿no me has oído? ¡Te voy a dar de palos hasta que sangren tus carnes! ¡Ven aquí! ¡Maldita sea!

—¡No, no, no me pegues!—gritaba la niña volteando la mesa para que su padre no la cogiera por su cuenta.

El bruto, encendido de ira, le iba a los alcances con la peor intención, pero María, compadecida de la criatura, atajó al inhumano padre.

—No la riña, Lucas. La pobrecita no tiene culpa.

Entonces el indomado se volvió contra la intrusa que osaba darle consejos.

—¿Y a ti quién te manda meterte en lo que no te importa, guandula?

—La serenidad, Lucas, la serenidad... No se ponga usted así... Le voy a servir la cena en seguida...

—Pues para que aprendas a ocuparte de lo tuyo, vas a saber quién soy yo.

—Por favor, Lucas... considere usted que yo...

—¡Entrometida, hambrienta, desagradecida!

María hizo lo que antes Anita, y cuando Lucas iba a dar con ella, encontróse junto a la puerta, la abrió y hundiéndose en las sombras de la noche, ocultándose en su precipitación en el establo.

Lueas, enardecido, persiguióla hasta allí, reventando su despotismo en elegos latigazos.

María, ahogando su dolor, buscó la salida, y, prefiriéndolo todo a seguir en aquella horrible casa, huyó camino adelante, bajo una



—¿Y a ti quién te manda meterte en lo que no te importa, gaudula?

llovía imponente en la que la refulgencia de los rayos y el retumbar de los truenos ponía una nota de tragedia.

En la noche tempestuosa, el pueblo, encas-

tillado en su egoísmo, sólo brindó un refugio a la pobre María: la casa de su padre, todavía deshabitada.

Sólo un misero escabel quedaba en el interior, como casa despreciada. En él se sentó la infeliz, tiritando, muy cerca del hogar en el que sólo cenizas recordaban los gratos fuegos de leños de otros días.

La sombra del padre daba ánimo a María a combatir su desaliento, y, aterida, buscó en un rincón, halló cerillas, dió lumbre a una de ellas y encendió unos papeles para reco-brarse un poco a su calor, a la par que la vacía habitación se bañaba en la luz de un cazo de bujía respetado en la cornisa de la chimenea.

De súbito giró la cerradura de la puerta. María, asustada aún por la escena de violencia de que acababa de ser objeto de Lueas, tomó sus precauciones para su defensa, pero su miedo trocóse en sorpresa y alegría al ver aparecer en el umbral de su antiguo hogar a Juan.

— ¡Oh! ¿Eres tú, Juan?

— ¡María!

Se estrecharon dulcemente en sus brazos.

— ¿Cómo estás aquí, María?

—¡Soy muy desgraciada, Juan! Ya no tengo a nadie en el mundo que pueda hacer algo por mí... excepto tú, mi bien. Me han brutalizado mucho. Todo lo hubiera sufrido menos la humillación, el escarnio sangriento de herir mi cuerpo después de matar mi alma.

—¡Pobre María!

—¿Y tú, cómo has venido aquí? ¿Me vió alguien, tal vez, cuando entré?

No, María. Fui a visitar a unos amigos. Pasaba por aquí. Vi luz y entré a ver quién estaba en esta casa.

—Bendigo la casualidad que te ha traído a mi lado en estos momentos. ¡Juan, mi Juan! ¿Por qué no nos dejan ser felices?

—Yo venceré a mi padre, mi amada; no temas: mi amor sólo ha de ser para ti.

—Abrazame, Juan. Tengo frío.

Juan alimentó cuanto pudo el fuego del hogar, y, muy juntos los dos jóvenes, prosiguieron su tierno idilio.

No había sido solo Juan en extrañarse de que en la casa del zapatero hubiera luz; mas vecinas atisbaron largamente al través de los cristales de una ventana que confrontaba en línea recta con la de la deshabitada casa que daba al camino. Así vieron entrar a Juan,

y luego sorprendieron a éste y María dulcemente enlazados.

—¡Qué osadía!—exclamó una de las comadres.

—¡Si se enterase el alcalde!—dijo la segunda.

Una, dos, tres horas resistieron las dos mujeres en su observatorio, ávidas de ver cosas mayores, pero como la entrevista de Juan y María no parecía querer terminar, se decidieron, al fin, a acostarse, reservándose para el día siguiente los comentarios que les sugería la audacia de los dos jóvenes. ¿Qué tema tan propicio al chismorreo!

Y pasó la noche sin que Juan y María se separasen.

Rió de nuevo el sol, tras las inclemencias de una noche interminable, y al despertar, Juan y María se miraron sorprendidos.

—¿Qué es esto?... ¿Dónde estamos!—inquirió María no volviendo de su asombro al verse en los brazos de Juan. Pero recordando lo sucedido durante la noche, entristeció y dijo a su amado:

—Yo quisiera seguir a tu lado... pero no puedo... No deseo que te indispongas con tu

padre... Ve a reunirte con él... Pero ¿cómo justificarás tu ausencia de esta noche?

—No te preocupes, María. La tempestad será un buen pretexto. Lo que me interesa es saber lo que piensas hacer.

—No sé, Juan, no sé... Si tú lo quieres, iré a reconciliarme con Lucas.

—¡No, María! Tú no puedes, no debes volver al lado de esa gente. Que maltraten a los suyos si quieren, pero a ti no... ¡a ti no!... ¡María, yo te pido que no vuelvas!

—Pero, ¿qué otra cosa puedo hacer? Son los únicos parientes que tengo.

—No puedo consentir que vivas allí, María; yo te quiero mucho y sabré cuidar de que nada te falte.

—Eso es imposible, Juan. Bien sabes que tu padre se opone y se opondrá siempre a que nos casemos.

—Me casaré contigo, María, aunque se oponga mi padre, aunque se oponga el pueblo entero. ¡Toda mi vida eres tú, y antes moriría que renunciar a tu cariño!

—¿De veras, Juan? ¿Tanto me quieres? Pero yo no puedo consentir...

Un rumor de voces interrumpió a María, que miró aterrada a Juan.

—¡Llega gente. Me pareció oír a tu padre... Alguien nos ha desabierto, Juan—dijo temblando.

—Nada temas... Sea quien sea, tú eres la mujer que yo amo y que sabré defender.

La charla confusa de los que se acercaban a la casa deshabitada se aclaró bruscamente y del mismo modo se abrió la puerta, apareciendo, al frente de algunos vecinos, el alcalde.

—Juan, vete a casa y espérame allí. Hemos de hablar seriamente.

—Papá, lamento llevarte la contraria, pero estoy enamorada de María y quiero casarme con ella. Por mi culpa ha permanecido conmigo bajo este mismo techo toda la noche, y mi caballerosidad no puede permitir que la maledicencia tenga ocasión de meterse con ella.

—¿Es posible que hayas sido lo suficiente imbécil para permitir que esta mujer te tendiese un lazo para comprometerte a casarte?

—No, padre; María es una muchacha muy digna. El respeto a la memoria de mi madre no me permitiría hablar de este modo si no tuviera la seguridad de lo que digo.

—¡Estás loco! ¡Y basta! ¡Sepárate de esa

mujer! ¡Y usted, pordiosera desvergonzada, váyase inmediatamente de esta población!

Señor Leonec, yo soy una mujer buena que no ha cometido otro pecado que el de querer a Juan. ¡Por qué me trata usted de esa



—Señor Leonec, yo soy una mujer buena que no ha cometido otro pecado que el de querer a Juan.

manera?

—¡Váyase, he dicho!

—Si María se va, yo me iré con ella.

—¿Te insultas con tu padre, mal hijo? Pues haz lo que te acomode, pero ten en cuenta que si mis consejos son vencidos por tu locura, dejaré de ser para ti quien soy.

Juan se abrazó con más fuerza a María, y el alcalde regresó a su casa indignado con su hijo, dispuesto a todo menos a ser elemento.

Las comadres contaban aquí y allá lo que habían visto, y se dividían las opiniones acerca del final de la aventura del hijo del alcalde. La minoría afirmaba que el muchacho era enérgico y que se casaría, contra viento y marea, con María; la mayoría, que se complacía, como suele ocurrir en todas las esferas de la vida, en dramatizar las cosas, aseguraba que Juan no renunciaría a la moliente al lado de su padre, y que María, desdenada, se mataría, o poco menos.

La realidad fué más humana que esa inconsciente mayoría. No hubo boda, pero sí fuga. Había llegado la noche. Juan lo preparó todo con la mayor discreción. Proporcionó ropas nuevas a María, y llevólos el tren en su seno acogedor hacia la capital, donde pensaban que nadie les molestaría.

A aquella misma hora, en la Alcaldía, un secretario infiel abrió la caja de caudales y

se incautaba de una suma de dinero que durante unos días era su obsesión.

María y Juan parecían recién casados. Por tales pasaban a los ojos de sus compañeros de viaje. Y se hacían la ilusión de serlo ya. En París, a donde llegarían dentro de pocas horas, se unirían de verdad, conforme a la ley.

—Ya verás lo felices que seremos, vida mía —le murmuraba Juan—. Yo trabajaré de lo que sea, para que nada te falte, y tendremos nuestra casa y todo será nuestro. ¿Has estado alguna vez en París?

—Yo no salí nunca del pueblo, Juan. Tú sí, ¿no es verdad?

—Raras veces. Mi padre me llevó consigo a la capital, pero no guardo de ella más que un leve recuerdo. Así disfrutaremos los dos por igual de todas las bellezas que encierra.

Los propósitos de los jóvenes eran excelentes, pero enterándose casi simultáneamente el señor Leonce del asalto a su caja de caudales y de la fuga de su hijo, dejóse guiar por las apariencias, asoció los dos hechos, y convino en reconocer que su hijo era el ladrón. Su secretario particular trató de disuadirle de tal sospecha, mas el señor Leonce, inflexible en

su despecho, mandó que la justicia se ocupara de buscar a Juan.

—¡Nada de indulgencia! Mi hijo es un ladrón, y como a un ladrón vulgar lo meteré en la cárcel.

El telégrafo funcionó rápidamente, llegando la noticia a la policía de París antes de que el presunto culpable pisara el andén de la estación con su amada.

Ya en la capital, Juan, para mejor orientarse, dejó a María en la sala de espera.

—Quédate aquí... Siéntate en ese banco. Voy a ver dónde podemos casarnos antes de ir a cualquier hotel. No tardaré mucho.

María obedeció, y con el equipaje de Juan y el suyo quedó en la estación.

Juan se apresuró a salir a la calle, y apenas en ella, un agente de la policía secreta, que tenía sus señas y la misión, con otro compañero, de "perseguirlo", le llamó desde lejos, por si era él. La idea dió buen resultado, ya que Juan, al oír su nombre, se volvió hacia el que lo pronunciara, cayendo inocentemente en la trampa.

—¿De modo que usted es Juan Leonce? Nos alegramos de conocerle.

—¿Qué quieren ustedes de mí, señores?

—Tenemos orden de detenerle y de conducirlo a su pueblo.

—Me niego a seguirles. Otros asuntos me retienen aquí, y les suplico...

—Debe usted venir con nosotros, aunque sea a la fuerza. De consiguiente...

—Pero es que no puedo irme con ustedes. Hay una persona que me está esperando.

—Déjela que espere; nosotros no tenemos ni un momento que perder: el tren para Vivonne sale dentro de diez minutos.

—Por lo que más quieran, déjenme ir a avisar a esa persona.

—¡Quieta ya! Siga y no llame la atención de la gente. Es mejor para usted entregarse sin violencia.

Fué inútil que Juan implorase que le dejasen ir a reunirse con María para enterarla de lo que le sucedía. Los policías le negaron esa gracia por dos motivos: porque el tren salía sin tiempo para nada; y porque temían que el muchacho se escapase.

Una vez en el tren, los agentes prohibieron a Juan que hablase lo más mínimo, y así el joven no pudo confiar sus culpas a nadie más que a sí mismo, destrozándose el corazón pensando en María.

¿Qué hacía la infeliz en la sala de espera de la estación?

Se impacientaba a medida que pasaban las horas sin que Juan reapareciera. ¿Si le habría ocurrido algo! ¿Oh, qué angustia! Y siguió esperando...

El tren avanzaba velozmente hacia Vivonne. Los agentes se abstrañeron en tirarle de la oreja a Jorge, mientras Juan fingía adormecerse mecido por el traqueteo del vagón.

Pero Juan tenía los ojos del espíritu muy abiertos y al perentarse de que el tren se hallaba en una pendiente abrió la portezuela y arrojóse a un talud, hiriéndose levemente.

Los agentes, suspensos por tan repentina fuga de Juan, no tuvieron la suficiente sangre fría para seguir al fugitivo por el mismo camino que él empleara, y se resignaron a llegar a Vivonne solos.

Juan esperó el paso del tren descendente, y regresó a la capital presa de la más atroz ansiedad. ¿Estaría aún en la sala de espera su buena María? Sin duda. Pero ¿qué pensaría?

Lo que pensaba la huérfana era la lógica consecuencia de la tardanza de Juan: que la había llevado a París únicamente para alejarla del pueblo, cumpliendo así el deseo del

alcalde. Y, sin fuerzas para seguir esperando, sintiendo rotas las alas de la ilusión y de la esperanza, María iba a lanzarse en el gran torbellino de París. Algo le ocurrió, encima, que deprimió aun más su pobre estado de ánimo. Un pillote, al acecho del equipaje de la pueblerina, había aprovechado un momento de distracción suya para llevárselo tranquilamente.

Sin recursos, sin ropa, desengañada y aburrida de todo, María salió de la estación con pasos vacilantes, al tiempo que Juan, jadeante, se abría paso entre la muchedumbre para entrar en la sala de la paciencia.

Se cruzaron sin verse. Juguetes del Destino, el Destino jugaba al escondite con sus vidas.

Y mientras Juan se desesperaba al encontrar vacío el banco en que la dejara, sospechando lo que ella había pensado de él, María se detenía ante un *restaurant* y, después de vacilar unos momentos, empujó la puerta y entró.

El comedor estaba animado. El ambiente sabrosamente oloroso. De buena gana imitaría la infeliz a los que comían aquellos platos de tan buen aspecto.

En aquel modesto establecimiento, la señora de Charpiet, su propietaria, representaba el orden, la economía y la buena administración, mientras que su marido, dotado de un corazón excesivamente inflamable, tal que si en lugar de sangre tuviera en él petróleo, demostraba a diario que el donjuanismo no es incompatible con el arte culinario. Pero tenía la desgracia de que su mujer sorprendiera, de diez veces nueve y tres cuartos, los guiños que dirigía a otras.

María avanzó pesadamente hacia el mostrador, para enterar a la señora del motivo de su presencia en el *restaurant*, pero, de súbito, se detuvo, llevóse las manos a la frente y cayó sin sentido al suelo.

Prontamente varios clientes y la propietaria misma acudieron en auxilio de María.

— ¡Avisen un médico! — indicó uno de los asiduos de la casa.

— ¡Pobrecita, lo que tiene es que está muriéndose de hambre! — reconoció la señora Charpiet—. Nada de médicos. Hipólito—dijo a su marido—, un buen caldo y un buen cuarto de gallina.

La caritativa mujer tenía razón: el ham-

bre había sido la causa del desvanecimiento de María.

• • •

Llegados que fueron a Vivonne, los dos agentes que dejaron involuntariamente escapar a Juan, se presentaron al alcalde, dándole cuenta, con sumo pesar, de su fracaso.

—Es desagradable que sean ustedes tan poco listos, y su conducta en el caso de mi hijo merece de sobra que se les expulse del Cuerpo; pero no lo haré porque resulta que mi hijo no es culpable. El que hasta ahora había sido mi secretario, ha confesado que él fué quien robó el dinero.

Esta noticia alivió a los dos agentes, pero Juan estaba lejos de sospechar que podía considerarse libre de la persecución de la justicia y, obsesionado por la idea de que la policía le iba siempre a los alcances, pasó semanas y semanas recorriendo cautelosamente las calles de París y yendo siempre a la estación, dominado por un solo deseo: encontrar a María.

Entretanto, muy cerca de allí, en el *restaurant* del matrimonio Charpied, triunfaba la gentileza de una nueva camarera. Era María.

Protegida por la dueña del establecimiento, se ganaba el sustento a satisfacción de todos los que tenían ocasión de tratarla.

Pero nadie más satisfecho de haberla conocido que el señor Charpied, el cocinero que se creía irresistible porque sus mostachos eran exactamente iguales que los del ex kaiser.

Un día, decidido a rendir la plaza que se había mostrado hasta aquellas fechas inexpugnable, el señor Charpied ciñó a María por la cintura, con afán de besar sus tentadores labios que siempre sonreían—a pesar de que su alma estaba triste—, sorprendiéndole su esposa.

—Señora... yo...

—¿Otra vez, Hipólito? Es bueno que deba vigilarle como si fueras un chiquillo.

—Era sólo una broma, Soledad.

María esperaba, azorada, el fallo de la dueña que siempre se portara cariñosamente con ella.

—Lo siento mucho, María, pero no puede usted seguir aquí.

—Señora... Usted que me conoce...

—Sé muy bien que usted no tiene la culpa de lo que ha pasado, ni de ser joven y bonita tampoco, pero, ¿qué quiere que yo haga en un

caso así? No me queda más remedio que pedirle que se vaya.

—¿Qué habré hecho ya, Señor, para que sea tan desgraciada!

El señor Charpiet olvidó al momento su tropiezo, confiando en que no tardaría en presentarse otra aventura en la que su esposa no tuviera intervención. El hombrecito era un pájaro de cuenta, uno de esos seres que deberían comer lo que los cerdos. ¡Tipos asquerosos!

Con una naeva amargura en su alma cansada de llorar en silencio, anduvo María al azar por la peligrosa capital, y, fatigada, se detuvo y sentóse en un banco para descansar.

En el mismo banco, pero al otro lado, se hallaba un hombre, al parecer dormido, de buena estatura, regular edad y de aspecto agradable. Bo-bob era su nombre. Su profesión: distinguido apache con buen corazón, es torbo muy grande para su oficio.

María dejó su monedero en el banco, y Bo-bob, al despertarse, lo vió y se le fueron instintivamente las manos hacia él; pero al encontrar en su fondo unas pobres monedas, se fijó en su dueña, comprendió que su tristeza obedecía a causas graves, y se arrepintió de haber querido perjudicarla. Reintegró el boi-

so, pero reflexionando su gesto mejor, volvió a cogerla y, quedándose con unos discos de cobre, lo abandonó otra vez. En su opinión, la falta no era grande. Mayor hubiera podido ser.



...y se le fueron instintivamente las manos hacia él.

María, abstraída en sus pensamientos, no se apercibió de nada.

A pocos pasos de ella se hallaba Juan, apoyados ambos codos en la pared que limitaba

una de las orillas del Sena que se deslizaba plácidamente entre sombras.

Ni uno ni otro sospechaban que estuvieran tan cerca; cuando imaginariamente se consideraban tan lejos. ¿Acaso había sonado la hora en el reloj de su amor para reunirse y no separarse jamás?

No; aquello era obra de la casualidad; una ironía más del sino. Podían casi tocarse, pero no se veían siquiera.

Bob-bob, después de cometido el hurto del mísero caudal de María, se asomó al río rozando a Juan, y entabló conversación con él, que tenía toda la apariencia de los del oficio... y que lo era, que no otra cosa pudo hacer el incauto.

—Está muy fría el agua, muchacho. No te vaya a dar por suicidarte. Quedarías helado.

—Su broma pudiera ser una realidad. Ahora no pensaba en suicidarme... aunque quizá acabe por ahí. Pensaba en una persona a quien no puedo encontrar por más que la he buscado por todas partes.

—¿Alguna mujer?

—Una mujer.

—¿Y esperas encontrarla en el Sena?

—Tal vez.

¿A qué viene preocuparse de ese modo por una mujer, cuando hay tantas en París?

—Hay muchas, es cierto; pero ninguna es como ella; ella es un ángel más que una mujer.

—Comprende; yo también tuve una novia así, hace ya tiempo.

—¿Y la ha olvidado usted?

—¿Qué remedio me quedaba? Sin embargo, el recuerdo resurge, muchacho... Todos queremos a una mujer...

Los *gendarmes* rompieron las sombras de la noche a pocos metros de Juan y Bob-bob, y éstos, advirtiendo el peligro a un tiempo, levantaron pie de allí, ante lo cual dijo Bob-bob al joven compañero:

—Por lo que veo, opinas lo mismo que yo: la justicia, cuanto más lejos, mejor. Vámonos a escahuillarnos, camarada, que esos señores tienen mirada de luce.

En las semanas que siguieron, halló María varios medios de ganarse la vida, pero en todas partes tropezó con el mismo enemigo: el hombre, el hombre que cree conquista fácil a toda mujer pobre y sola.

Ahora se esforzaba por ganarse para la vida

fregando los suelos de una administración oficial. El intendente se fijó en ella, y decidió protegerla.

—La he estado observando a usted durante toda la semana, y me parece que ese trabajo es superior a sus fuerzas. Sígama a mi despacho y hablaremos.

María obedeció, complaciéndole haber encontrado una persona buena.

De hoy en más, no se cansará usted arrastrándose por los suelos. La voy a convertir en señora. Haré que le den un empleo en el guardarropa. ¿Qué le parece?

—¡Oh, señor, muchas gracias!

—¿De dónde es usted?

De Vivonne, señor, de Bretaña.

—¿Conque es usted bretona? Yo también nací allá. ¿Y a qué vino usted a París?

—Es muy largo y doloroso de contar, señor. Yo tenía un novio, me vine con él aquí para casarnos... pero desapareció el mismo día de nuestra llegada y en la misma estación... y nunca más he sabido de mi Juan. Diríase que París se lo ha tragado...

—¡Pobrecita! ¿De modo que él la abandonó?

—¡No, no! ¡Lo he pensado mucho tiempo,

y yo sé que Juan es incapaz de haberme abandonado!

—Debiera usted olvidar ese triste amor. Es usted joven, agradable... A los hombres nos gustan las mujercitas airadas como usted... Si usted quisiera...

El intendente se permitía ciertas libertades a las que pronto puso fin la indignada doncella.

—Pero... ¿qué hace usted, señor? ¿Estaré yo condenada a que me suceda siempre lo mismo?

—¿Qué es lo que está usted diciendo? ¿Se figura que yo me trato con otras mujeres que mi esposa?

—¡Por Dios, señor!... Yo no he querido molestarle... ¿Quiere usted ordenarme lo que he de hacer?

—Cobrar lo que se le debe y no volver más.

Y de nuevo se vió María en la calle.

Y poco a poco, Juan, anulada su voluntad por aquella pena de amor que llevaba clavada en el alma, fué descendiendo los escalones del abismo, codeándose con los apaches de la peor casta.

Papé Bouchard y su digna esposa, dueños del bodegón en que se reunían raras ejempla-

res enemigos de los bolsillos ajenos, estaban unidos desde hacía veinte años por los dulces lazos del himeneo, pero a pesar de ello se ob-



*...fue descendiendo los escalones del alba-
mo...*

seguían a menudo con tumbas de pronósti-

co. No podía por menos de ser así: de tal marco tal cuadro.

Bo-hob había sido el padrino de Juan. Gracias a él acogiósele los compañeros con afecto y le interesaron en algunos "negocios".



—¿Quieres acompañarme al "cine" esta noche, Juanito? (v. 42, 38.)

Cuando había calma, mataban el tiempo jugando el dinero a los naipes, analizando las jugadas con pasmosa habilidad.

Naná, cómplice de los apaches y bailarina

y camarera del bodegón, sabía que era irresistible y se había propuesto conquistar a Juan, con tanto más ardor cuanto que él era el único de los parroquianos que jamás había tenido para ella una frase de plebeya galantería.

—¿Quieres acompañarme al "cine" esta noche, Juanito? preguntó una de las veces que intentó seducirlo con sus caricias.

—Déjame, muchacha, que pierda y me traes la negra.

—¿Grosero?

—No os enfadéis—intervino Bo-bob—. Tú, Naná, no pierdas el tiempo. El amigo anda baseando todavía a esa novia que, según él, es un ángel.

Naná acogió las palabras de Bo-bob con una risotada, no haciéndole caso Juan, tal era su preocupación por las cartas.



Los que trabajan y se han visto sorprendidos alguna vez por una imprevista orden de cierre de los talleres, saben lo doloroso que había de ser para María, pobre y sola, el leer este cartel fijado, por orden de la gerencia de

la industria que la ocupaba, a la puerta del edificio:

AVISO A LOS EMPLEADOS

La fábrica queda cerrada desde esta noche.

Parece casi inverosímil que el Destino se cebara tanto en la inocente joven; pero nada tan cierto como que el que más necesita de la ayuda ajena es el que menos facilidades tiene para recibirla. La humanidad, en su marea inconsciente hacia el interés personal, desdén a los necesitados, da el último pisotón al naufrago para que perezca en las aguas de su desdicha. Los santos preceptos han sido abolidos por el modernismo. Sentado, pues, este principio dolorosamente real, no deben extrañarnos los sufrimientos de la pobre María.

Desengañada totalmente de la vida, sintiéndose enferma y arruinada moralmente, pensó en darse la muerte. El Sena, que tantos dolores ha calmado, la atraía irresistiblemente; pero no tuvo valor para matarse, y en su desesperación hundiéndose en la insensibilidad.

Y el lirio blanco, inmaculado, de Vivenne, conoció el lodo de la capital...

Y Juan, pervertido por la fuerza del ambiente fatal, conocía el fondo de dolor y de vergüenza que hay en el delito cometido. Bob-bob le inició en el arte de abrir cajas de caudales... pero el aprendiz jugó con mala suerte, y la garra de la justicia hizo presa en él.

Transcurrió un año, y Juan como si quisiera lavar su espíritu al salir de la cárcel, volvió al lugar que fué testigo de su infortunio: la sala de espera de la estación, el banco aquel en que María le estuvo aguardando. ¿Dónde estaría María?

Bob-bob, atento a los "negocios" que la afluencia a las estaciones proporciona a los malandrines, encontró a Juan y se alegró mucho de verle después de un año entero de separación.

—¿Ya has salido, muchacho? ¿Cómo no has venido a visitarnos?

—No quiero volver a las andadas, Bob-bob. Me han escarmentado, y no se hizo para mí el robo. ¡He sufrido mucho!

—No seas chiquillo. ¿Qué es un año en la cárcel, después de todo? ¿Ya verás lo que es hueaco cuando te toque pasar diez, como me tocó a mí!

—Na será fácil, porque voy a enmendarme.

—Eso lo decimos todos... pero como si no. Una fuerza misteriosa atrae a los hombres lo mismo hacia el bien que hacia el mal. Nosotros somos de los últimos.

—Yo seré fuerte.

—¿Es que todavía sigues buscando a ese ángel que se te perdió en París?

—Siempre lo buscaré.

—Reconozco que te sobra paciencia. ¿Qué, tienes conmigo? Vamos, hombre; no se van a alegrar poco los amigos... y Naná, que está cada día más loquita por ti. No insistas más en creer lo contrario, muchacho; tu sitio está a nuestro lado. Más tarde o más temprano tendrías que volver, y es mejor que vuelvas ahora. ¡Vamos!

Y Juan siguió a Bob-bob. ¿Qué otro camino se abría para él? Señalado por el dedo de la justicia, no podría presentarse con la frente erguida en ninguna parte.

En el año que siguió a su salida de la cárcel Juan supo lo que significa verse perseguido en realidad por la justicia.

Una noche, acusado por un *gendarme*, buscaba febrilmente donde guarecerse. Una ma-

jer, que entraba en una escalera, le murmuró:

—Si anda usted hurtándole el cuerpo a la policía, suba a mi casa. Es un buen escondite.

Juan la siguió mirando hacia atrás por si la policía le había descubierto, y cuando estuvo en la habitación de la providencial mujer, vió con indecible asombro que su salvadora, la harapienta que le diera la mano para sustraerlo a la justicia, era María, el ángel adorado en su pensamiento y en su corazón. Pero ¡cuán cambiada estaba! ¿Era posible que aquel despojo humano fuese ella, la dulce, la candorosa María! ¡Oh visión desgarradora! ¡Oh trágica realidad!

María también reconoció a Juan, y su asombro y espanto no conocieron límite.

Uno y otro quedaron inmóviles unos segundos, hurgando en sus cerebros.

¿Qué pensaba él?

¿Qué pensaba ella?

Al fin, Juan, como bestia herida, profirió un grito desgarrador:

—¿Tú! ¿Eres tú? ¿Y en este estado?

Y ante aquel fantasma grotesco de la mujer que había amado, que había elevado en su alma hasta tocar el cielo sintió Juan la rabia ciega del que viese convertido en barro el pa-

lacio de oro y mármol construido por su ilusión.

—¡Maldita! —gritó luego arrojando de sí sin piedad el enleñado cuerpo, que chocó violentamente contra el suelo.

Ella no pudo hablar. Tal vez hubiera preferido la muerte al reencuentro siempre deseado y ahora tan temido. No pudo llorar tampoco. ¡Horrible idiotex! ¿Hasta qué punto habían insensibilizado los dolores su corazón?

Hubo una pausa durante la que se oyó el desacompañado respirar de Juan, lívido como un cadáver, y el profundo suspirar de María.

No cesaron de mirarse. Ya no se resistieron los ojos de María a llorar. De su pómullo izquierdo manaba sangre. Se había herido al ser derribada por Juan. Pero no se quejaba. Lo único que quería era justificarse. Y balbució, arrastrándose hasta alcanzar al único hombre amado:

—Te esperé, Juan... Te esperé tanto... y nunca regresaste, nunca... Te esperé tanto...

—¡Aparta! ¡Aparta!

—Escúchame; tienes que escucharme...

Juan rechazó de nuevo a María, y su cólera dió paso al dolor.

—¡Dios mío, Dios mío, qué vergüenza!

Ella, suplicante, prosiguió:

—Juan, mi pobre Juan...

El rumor de unos pasos en la escalera de la casa llamaron poderosamente la atención de María.



—¡Aparta! ¡Aparta!

—Te buscan, ¿verdad? Debe ser la policía. Ven. Ocúltate ahí dentro. Yo los recibiré.

No se equivocó María. Los gendarmes, siguiendo una pista de sangre, llamaron a la puerta de la habitación de María.

—¿A quién buscan ustedes aquí?—preguntó ella muy dueña de sí.

No trate de engañarnos; sabemos que el que buscamos está aquí; el rastro de sangre lo va diciendo.



—Juan, mi pobre Juan.

—¿Nada más que eso? ¡Qué sabihondos son ustedes! Esa sangre no es de nadie sino mía; me caí y me hice una herida en la cara. Mírenla. De modo que, si no es a mí a quien buscan...

Los *gendarmes*, rindiéndose a la evidencia, dejaron en paz a María, que, descartado el peligro, se apresuró a libertar de su encierro a Juan, el cual, vencido por el dolor que le producía la herida de bala en la mano que re-



—*¡Pero si estaba herido!... ¡Juan! ¡Mi Juan!*

cibiera en la calle, unido a la emoción experimentada al reencontrar a María y a la pérdida de sangre, cayó exánime al suelo.

—*¡Pero si estaba herido!*—exclamó María,

espantada—. *¡Juan! ¡Mi Juan! No te mueras.*

Sin ayuda de nadie, María acostó a Juan en su lecho y, después de una noche de delirio, en la que ella, como una imitación de la fidelidad canina, no se separó de la cabecera del herido, le oyó soñar con ella:

—*María... María... ¿no oyes?... Ya cantan los pájaros... ¡Ya brilla el sol!... María... está amaneciendo... No puedo consentir que vuelvas allá; yo te quiero mucho... mucho... Tú no eres una mujer, eres un ángel... Me casaré contigo aunque se oponga mi padre, aunque se oponga el pueblo entero. ¡Toda mi vida eres tú, y antes moriría que renunciar a tu cariño!*

María lloraba. Acercó su rostro al de Juan, para besarlo, mas él, despertando bruscamente, volvió a ver el horrible fantasma de la víspora; y rechazándola, gritó:

—*¡No! ¡Déjame!... ¡Tú no eres ella... tú no eres digna de besar el polvo que ella pisa!*

Y Juan, con la muerte en el alma, pensó marcharse de aquella casa y renunciar para siempre al falso ídolo, pero tanto su herida como el temor a la policía le detuvieron allí durante varias semanas; y María cuidaba de

él y veía por él con la humilde lealtad de un perro.

De regreso de la calle, María dió a Juan, uno de los días, varios paquetes con provisiones de buena para la comida.

Juan desenvolvió uno de ellos, y al aparecer a su vista un ala de pollo, comentó con sarcasmo:

—Nada menos que viandas caras, ¿eh? Todo para que yo cierre los ojos y acepte la farsa. Con seguridad que no te cuesta mucho trabajo ganar el dinero.

—¿Por qué te complaces en mortificarme, Juan?... ¿Tendría yo las manos así, si lo que tú dices fuera cierto?

Bo-bob interrumpió con su llegada a sus amigos.

—¡Hola, carita de ángel!—saludó a María. Y, al ver el ala del pollo, se apoderó de ella, comentando jocosamente:

—¡Hombre, una de las alitas del ángel!

María soportaba resignada las burlas de Bo-bob, que no volvía de su asombro al ver que el encareado ángel de Juan no era más que una piltrafa, pero que, a decir verdad, no sospechaba que con su inconsciencia hacía tanto daño a la infeliz mujer.

Juan, avergonzado de María, que era la risa de sus amigos y por cuya causa él era objeto de no pocas chanzas, esperaba el momento de volver a su guarida y entregarse al vicio por completo, para olvidarlo todo.

Bo-bob le dió ocasión para hacerlo.

—Lo más probable será que la policía vuelva a asomar las narices por aquí; de modo que te aconsejo que te vayas apenas estés más fuerte—le dijo.

Juan respondióle:

—Me iré ahora mismo, y para no volver más.

—¡Juan!—gritó ella como para detenerle. Pero no le pudo alcanzar. La puerta cerróse con violencia tras de él.

Todos los desprecios y amenazas de Juan no bastaron para disuadir a María de su deseo de reconquistar su cariño, y le buscaba en los bajos fondos donde sabía que podía encontrarle.

Como si quisiera vengar el dolor de una desilusión, había en Juan el deseo banal de humillar a María, de hacerle comprender que no era más que un pingajo humano, que ni siquiera merecía el favor de una mirada...

Y una de las veces que María fué a verle

en el bodégón del matrimonio Bouchard, Juan, para martirio de la infeliz, llamó a sí a Naná, y la besó con fingida pasión.

¡Gracias a Dios, chulo mío, que te venes! — dijo satisfecha la apacha. Y luego, mirando despectivamente a María: — ¡Conque ese era el ángel que andabas buscando por todo París? ¡Tiene gracia! ¡Debe ser el ángel caído!

—No la quiero ni con dinero encima; vamos a echársela a "El Sapo"—respondió Juan en un arranque de odio.

"El Sapo" era un sujeto tan repugnante, que aun los habituales de aquel palacio del hampa sentían escrúpulos de acercarse a él.

Y a ese asqueroso ser Juan y sus compinches entregáronle a María, en un cuartito donde aquél empujaba el codo.

De pronto, Juan sintió arrepentimiento de su acción y, apartando de sí a Naná, se apostó a la puerta del reservado, cerrada por dentro, con ánimo de derribarla, pero se contuvo.

—¡Bah! Que haga lo que ella quiera.

Sin embargo, no pudo retroceder de allí dispuesto, en caso de oír algún grito, a intervenir.

"El Sapo", bebido, pretendió sacar partido del hecho de hallarse a solas con María, pero no le salió la cuenta como lo pensara. Y al poco, Juan vió salir al repugnante sujeto con evidentes muestras de arañazos en el



"El Sapo", bebido, pretendió sacar partido del hecho de hallarse a solas con María...

rostro.

María, llorando amargamente, quedaba en un rincón de aquel reservado.

De pronto un grito:

—¡La policía!

Se apagaron las luces. Todos los apaches buscaron las salidas. Relampaguearon los disparos de los revólveros de los agentes. Cayeron algunos cuerpos. Blasfemaban los que se consideraban perdidos, y seguían cayendo cuerpos.

María, asustada por la suerte de Juan, hincó a éste entre la confusión, y lo empujó hacia el reservado, cerrando la puerta.

—¡Aquí hay una trampa! ¡Puedes huir, Juan!

El comprendió en aquel momento de peligro que María era el alma buena de siempre, y quiso llevársela consigo, para correr la misma suerte.

—¿Y tú, María?

—¡Vete, vete y no te preocupes, que ellos no me harán nada a mí!

—¡Gracias, María!

Los *gendarmes* echaron abajo un madero de la puerta, y un brazo blandiendo un revólver asomó por la brecha intimidando a Juan a rendirse.

—¡Vete!—volvió a gritar María.

Y al tiempo que sonaba un tiro, María protegía con su cuerpo el del fugitivo, y los

gendarmes, al derribar la puerta en un supremo esfuerzo, recibieron a la infeliz en sus brazos, gravemente herida.



—¡Gracias, María!

Gracias a aquella interrupción de los agentes pudo Juan alejarse camino de la libertad por las alcantarillas de la capital, burlando

la vigilancia de la justicia, que no pudo dar con él.

Más tarde, se presentaba sano y salvo en otro bodegón, en donde recibió la alegría de encontrar a Bo-bob.



—¡Vete!— volvió a gritar María.

—¡Bravo, muchacho, ya eres maestro en el arte de esquivar al enemigo!—dijole su viejo compañero.

Y los demás felicitaron al "héroe".

Se inició una partida de cartas. Por lo ha-

ja, durante el juego, Bo-bob dijo a Juan:

—La pobre María está en el Hospital de San Luis con una herida grave en el costado. La deber es ir a verla en seguida.

Juan incorporóse vivamente, y, a pesar de



Y los gendarmes recibieron a la infeliz en sus brazos, gravemente herida,

que varios compañeros le aconsejaban que no fuese al Hospital porque allí la policía le echaría el guante, él cumplió como su conciencia le daba a entender.

Y sin vacilaciones entró en el benéfico establecimiento.

Una hermana lo condujo al lecho donde reposaba María.

¡Pobrecita mártir! ¡Era la misma, o sus



—*La pobre María está en el Hospital de San Luis.*

ojos, devueltos a la razón, eran piadosos como los de ella para con él!

—¡Sálvala, Señor, sálvala! ¡Toma mi vida en cambio!... ¡Creía que la odiaba, que la des-

preciaba... y la quiero con toda mi alma!—re-
zó Juan con fe.

Ella abrió los ojos y quiso sonreír para agradecer el retorno del ingrato.

Tú no puedes morirte, María, tienes que



...a pesar de que varios compañeros le aconsejaban que no fuese al Hospital...

vivir, para que seas muy dichosa y olvidar todo lo que has padecido... ¡Alma mía, amor mío!

—No llores, Juan—rumoreó ella.

...
 Dos años transcurrieron. En un asilo claro y alegre de París, refugio de almas torturadas por la desgracia, María, después de curada, empezó a hallar agradable la vida.

—Hermana, ¡estoy muy contenta!—le dijo a una monja, cierta mañana.

—¿Has recibido buenas noticias, María?

—Acaba de marcharse Bo-bob. Ha venido a decirme que Juan salió de la cárcel hace una semana; y estoy segura de que él vendrá a buscarme algún día.

—¿Crees en su enmienda, María?

—Como en mi amor hacia él, hermana. Cuando yo estuve a las puertas de la muerte, me prometió redimirse, y lo propio le prometí yo. Al salir del hospital aquel día que vino a verme, la justicia le deluvo y por no sé qué delito ha tenido que cumplir una condena de dos años. En adelante, el pasado desaparecerá de nuestra vida para no pensar más que en el porvenir. ¡Le quiero con toda mi alma, querida hermana! ¡Hemos sufrido tanto!

—Hija mía, en esta casa has encontrado el camino recto. No te desvíes de él.

—Nunca, hermana. Dios se ha apiadado de nosotros.

Aquel mismo día, Bo-bob volvió al asilo.

—¿Me traes nuevas noticias de él, amigo mío?



—¡Sálvala, Señor, sálvala!

—Ha desaparecido, mi buena María. No lo he podido encontrar en ninguna parte. ¿Se habrá vuelto loco?

—Por favor, Bo-bob, no bromees sobre este particular. ¿Dónde está Juan?

—Imagínate que se te presentase ahora: ¿qué harías?

—Bo-bob, ¿esto quiere decir?...?

—¿Qué harías!, repite.

—¡Oh, Bo-bob, le besaría con todas mis fuerzas! ¡Deseo tanto tenerle a mi lado!

—¿No te desmayarías?

—¡Aunque tuviera que caer muerta en sus brazos, desearía verle ahora mismo!

Bo-bob, entonces, asomándose a otra habitación, dijo alegremente:

Ya lo has oído, Juan. Puedes pasar.

—Pero... balbuceó María abriendo los brazos para recibir en ellos a su amado.

No pudo continuar. Juan, vestido de negro, avanzó hacia ella, unas flores en la mano, para ofrecérselas.

—María, mi ángel, he venido por ti. Quiero hacerte mi esposa.

Juan, este es mi mayor deseo.

Y como ella se fijara con insistencia en su luto, le dió la triste noticia de la muerte de su padre.

—¡Oh, Juan, mi pobre Juan!



Casáronse María y Juan; atrás quedó la

negra pesadilla de París, y en el camino de Vivonne, el sol de los campos volvió a lanzar sobre un tierno idilio sus chorros de luz.

Iban en el mismo frágil carruaje de antaño. El mismo caballo pujaba del vehículo... y el mismo tren rozó las duelas de las ruedas traseras, agasñándose sobremanera Bo-bob, a quien el joven matrimonio se llevó consigo para que supiese de la dicha de vivir del fruto del trabajo ocupándose en la administración de las tierras del heredero del difunto alcalde.

—¡A ver si abris los ojos, muchachos, que yo no he venido aquí para que me preparen habitación en el cementerio! exclamó Bo-bob recordándose del sobresalto.

Pero no le oyeron.

FIN

COLECCION USTED LOS SUGESTIVOS
LIBROS DE LA BIBLIOTECA

Los Grandes Films

Y DE LA COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS, DE LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

LOS GRANDES FILMS

Los Hijos de Nadie, El triunfo de la mujer, El prisionero de Zenda, El joven Medardus, Los Enemigos de la Mujer, Una mujer de París, El Corsario, Para toda la vida, Cyrano de Bergerac, De mujer a mujer, La Hermana Blanca, El Milagro de los Lobos, ¡París...!, Venganza de mujer

Precio de cada libro: **1 PESETA**

Tercera de Ubervilles, Maciste, Emperador

LIRIO ENTRE ESPINAS

Precio: **50 Cts.**

COLECCION DE OBRAS MAESTRAS

Ferragus (Los Trece), El Pago que dan los Hijos, Bajo las garras del oro, El Escándalo, La Inhumana, La barba de los monstruos, El Principe Encantador, El ladrón de Conzanza

Precio de cada libro: **1 PESETA**

AMOR QUE REDIME

PROXIMAMENTE:

¡NO TRABAJE USTED!

Precio: **50 cts.**

EL ÉXITO QUE OBTIENE
LA NUEVA PUBLICACIÓN

LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRAFICA

ES LÓGICO, PUES EN ELLA
SE DA A CONOCER AL PÚBLICO LA VIDA ÍNTIMA DE
LOS ARTISTAS FAVORITOS
DE LA PANTALLA



Biografías publicadas: 1. Alice Terry.—2. Rodolfo Valentino.—3. Lillian Gish.—4. Antonio Moccia.—5. Gloria Swanson.—6. Tom Mix.—7. Viola Dana.—8. Milton Sills.—9. Raquel Meller.—10. Harry Carey (Caryon).—11. Dorothy Dalton.—12. Douglas Moe (Lynn).—13. Norma Talmadge.—14. Rod La Rocque.—15. Pola Negri.—16. Lewis Stone.

Portada a varios colores. Precio con postal del mismo artista: **35 céntimos**

Obs. - Francis Roeg

¡SEA USTED COLECCIONISTA DE
La Novela Semanal Cinematográfica!

¡RECOMIENDE A SUS AMISTADES
La Novela Semanal Cinematográfica!

¡**La Novela Semanal Cinematográfica**
SABE CORRESPONDER A SU SIMPATIA!

J.E.L.